

gaba hasta la rodilla de los caballeros y hasta la brida de los caballos.» Guillermo de Tiro cuenta en su popular *Historia de las Cruzadas* lo que sigue: «Los cruzados no perdonaban á ningun infiel; á fin de que aquellos que habian profanado el santuario, lo purificasen con su propia sangre.» Alberto d'Aix, cuenta con referencia á historias oidas de la boca de los mismos peregrinos que acompañaron la primera cruzada, lo siguiente: «Las jóvenes, las matronas, aun las que estaban en cinta, fueron inmoladas; las infelices asustadas de la sangre se abrazaban gritando á sus verdugos, les besaban los piés pidiéndoles la vida; pero invocaban en vano la piedad de los vencedores; no perdonaron ni los niños de teta.» Basta.

IV.

¡La caída de Jerusalem! ¡Cómo la destrucción de estas grandes ciudades cambia las corrientes

de los hechos! No parece sino que en cada una de ellas se encierra una idea y que esta idea no puede volar sino rompiendo la ciudad donde está encerrada.

Lo cierto es, que la ruina de Babilonia señala completamente la conclusion de las antiguas teocracias mágicas; la ruina de Troya el comienzo de las épocas heróicas; la ruina de Tiro la difusión del espíritu griego por el Oriente; la ruina de Cartago el predominio en Europa de las razas indo-europeas; la ruina de Jerusalem por los romanos, la Era de la redención; la ruina de Roma por los bárbaros, la Era feudal; la toma de Constantinopla por los turcos, la Era moderna.

Pues bien: la toma de Jerusalem por los cruzados, fugaz como es, parecida al sueño de una leyenda, representa, si no la ruina, el quebrantamiento y la declinación del Feudalismo. En aquella ciudad se escriben por la mano del más puro representante del espíritu caballeresco, por Godofredo de Bouillon, los códigos feudales (Assises de Jerusalem), y estos códigos feudales, que parecen la firme constitución de una sociedad ro-

busta, son el testamento de una sociedad moribunda.

Inmenso desierto, ¡cómo eres materialmente estéril! pero ¡cómo eres moralmente fecundo! En tus abrasadas tierras no puede vivir una flor, no puede cantar un ave; el simoun te azota con su aliento de fuego y la soledad te cubre con su sudario de tristeza; muchas veces la caravana errante perece de hambre y de sed en las candentes espirales, formadas por las movibles arenas que semejan semillas de muerte; y sin embargo, ahí, en tu seno ha formulado Moisés el código moral de la humanidad y ha escrito la idea de la unidad de Dios; en tu seno ha regenerado Cristo la conciencia humana después de largos días de ayuno y de silicio; en tu seno Mahoma ha levantado y fortalecido con una metafísica grandiosa la raza semítica, que parecía destinada á consumirse en el oprobio de una infancia eterna; en tu seno han visto las cruzadas alborear la idea, que es el complemento de la unidad de Dios, la idea de la igualdad entre los hombres; como si en ese tu seno, estéril para la vida de un día, se encerraran los secretos de

la inmortalidad, el alimento para la vida de todos los tiempos; como si inspirasen á la razón la sed inextinguible de la verdad y del bien, esa sed que calcina los huesos, pero que aviva las almas.

Los resultados de las cruzadas forman una revolución inmensa en el mundo de la Edad media. El Oriente que se había cerrado en las ruinas del mundo antiguo, amontonadas por los bárbaros, vuelve á abrirse. El peregrino sigue al soldado, pero el comerciante al peregrino. El oro de Ofir, el ámbar, la crugiente seda, vuelven á despertar los refinamientos de la vida social, y por consiguiente las necesidades del comercio. La sociedad se transforma. El comercio esparce el trabajo, como la luz el calor. El trabajo es, naturalmente, enemigo de la guerra, porque divierte las fuerzas empleadas en el combate del hombre con el hombre hácia el combate del hombre con la naturaleza. Entónces, á las orillas del Mediterráneo, va surgiendo el esplendor de esas hermosísimas ciudades, como Pisa, como Génova, como Venecia, como Barcelona, que en una ú otra forma son verdaderas repúblicas de comerciantes, y que de-

jan con las quillas de sus barcos una luminosa estela moral en la civilización.

Pero éstos no son los mayores resultados de las cruzadas, los mayores son el encuentro de los siervos y de los nobles en un mismo campamento, á la sombra de unas mismas banderas, sufriendo los mismos dolores y participando de las mismas esperanzas. El siervo se midió y se encontró igual á su señor. El señor vió la gran verdad, que á pesar de su evidencia se oculta siempre á las aristocracias, la verdad de que nada podía, de que nada valía, de que nada era sin el pueblo. Para escitarle á la guerra le prometía recompensas, y la recompensa más anhelada era la libertad!

Así es que entonces se comenzó á quebrantar la servidumbre, no extinguida completamente sino con la revolución francesa. Entonces nacieron los municipios, las comunidades de la Edad media. El municipio romano había muerto á las exacciones del Imperio. La dignidad de la curia desde el momento en que el decurion debía responder con su hacienda privada del tributo impuesto á todos los habitantes del municipio, esta dignidad tan

querida pasó á ser una carga horrible durante los últimos días del Imperio. Por todas partes se encuentran lápidas en que los ciudadanos dan gracias al Emperador por haberles privado de los ántes anhelados derechos de pertenecer á la curia, de dirigir los municipios. Así murió la gloriosa forma municipal romana destruida por el despotismo, que en todas partes siembra la esterilidad y la muerte.

Naturalmente, desde que el plebeyo fué guerrero, desde que el plebeyo fué comerciante á consecuencia de las cruzadas y de sus resultados, el plebeyo demostró que él también podía tener los dos timbres principales de la aristocracia: la fuerza y la riqueza. Y desde el momento en que hubo muchos plebeyos reunidos con estos atributos, hubo asociación; y desde que hubo asociación, hubo forma de asociación; y esta forma es la Comunidad que coincide con el movimiento de las cruzadas, y que dibuja los primeros delineamientos del Estado llano. Pero no olvidemos que el espíritu de una época es como el aire; todos lo respiran. La Iglesia, á pesar de su carácter pacifi-

co, se armó de la espada feudal y tuvo señoríos. La Monarquía, á pesar de su oposicion al Feudalismo, se fundó en el derecho territorial. La Comunidad tendrá el carácter feudal como todo en la Edad media, tendrá la forma de privilegio, pero no por eso dejará de ser contraria al Feudalismo y gérmen de igualdad la forma municipal. Cuando vemos estas instituciones, que son el gérmen de otras á cuyo amparo viven hoy felices los pueblos, debemos tenerlas por la humilde bellota, de la cual sale robusta la encina que desafiará más tarde á los siglos.

V.

Pero hay un hecho culminante que domina toda la Edad media, desde el seno mismo del siglo undécimo hasta el seno del siglo décimo-quinto. Este hecho es la oposicion manifiesta entre el Imperio y la Iglesia; la lucha á muerte entre los dos

poderes rivales, el uno representante de la unidad material que flotaba sobre aquel mundo caóticos, y el otro representante de la unidad moral; los dos, el Imperio por su fuerza de atraccion y la Iglesia por su calor y por su luz, siendo reunidos lo que pretendia ser cada uno de ellos separado: el sol de aquella civilizacion.

El Papa habia comenzado por echarse humildemente á los piés de los primeros conquistadores. Él conjuró la cólera de Atila. Él, cuando Alarico entraba en Roma segando hombres con su espada, disponia una procesion á la tumba de los mártires, procesion escoltada por los bárbaros, y que demostraba ya el poder material de la nueva autoridad religiosa. Él, á riesgo del martirio, presentaba á Teodorico las quejas de los cristianos. Servidor de los conquistadores por la humildad de su actitud, es el dueño por el poder de su idea. César espiritual debe llamársele porque es el mediador interpuesto entre el cielo y la tierra. Él, salvaba en la Orden de San Benito los restos de las ciencias y en los Concilios los restos de la legislacion. Así los obispos con sus papas á la ca-

beza fueron para la restauracion del segundo Imperio romano, lo que habian sido los jurisconsultos para la fuerza legal del primero. El Papa fué el gran propagandista del Imperio.

En principios del siglo VIII, comienza una cruzada política á favor del ideal romano. Pero al mismo tiempo que los papas se levantan para enseñar el ideal del Imperio romano, se levantan para decir que ese ideal no está en Constantinopla. Con una consumada habilidad política comprenden que en la unidad está su fuerza, que el poder de la unidad se halla en el Imperio, pero que el poder del Imperio no puede estar, despues de la separacion de las dos autoridades traídas por el Cristianismo, en manos de los papas, sino en manos de los emperadores y que mientras los emperadores se hallen residiendo en Constantinopla, querrán ser los tutores del Pontificado, por considerarse los fundadores del Cristianismo.

Entonces hacen respecto á Constantinopla algo de lo que Constantinopla habia hecho, por medio de Constantino, respecto á Roma. Constantino

trasladó la silla del Imperio á Oriente porque Roma era la ciudad por excelencia pagana del antiguo mundo. El Papa por medio de una sutil revolucion, restaurará el Imperio romano de Occidente porque Constantinopla es la ciudad imperial por excelencia. Mientras esta ciudad continúe siendo la sede política de Europa, el Papa no podrá ser más que su patriarca. Así es que al coronar á Carlo-Magno, funda la federacion cristiana de la Edad media con dos presidentes, uno cual otro religioso; con dos cabezas, de las cuales tiene la una su tiara y la otra su corona; pero las dos la cruz, que es como la cúspide del mundo moderno. Naturalmente, la oposicion entre el Oriente y el Occidente que ha estallado en las guerras de Persia contra Grecia, de Cartago contra Roma, se reproducirá en el seno de la Iglesia, sin que pueda su aparente uniformidad salvar estas contradicciones. El mundo antiguo tuvo al fin que dividirse en Imperio de Oriente é Imperio de Occidente. La Iglesia se dividirá tambien, para probar la presencia de un solo espíritu en la historia.

Y como quiera que en el caos feudal no se concibe la posesion de la autoridad sin la propiedad de la tierra, el Papa pretenderá tener tambien sus dominios feudales y que los tengan los obispos, á fin de formar de esta suerte su poder político.

Las cesiones de Pipino serán el gérmen del poder temporal. La Iglesia conoce cuando recibe, que es demasiado reciente este poder, y supone que sus tierras eran una donacion de Constantino. El Dante lo creia tambien así y lanzaba maldiciones sobre la donacion de Constantino diciendo: ¡Oh de cuanto mal fu matrel Pero la verdad es que hasta el siglo viii jamás los papas habian tenido en tierras una señal de su poder religioso sobre el mundo.

El primer resultado de tanto poder material, de tanta tierra aglomerada en torno de la cátedra de S. Pedro, que hasta entonces solo habia necesitado de las alas de sus ángeles y de la palabra de sus pontífices; el resultado de la creacion de ese inmenso Imperio de Occidente, bajo la tutela religiosa de Roma, fué la primera division, el

primer trascendental fraccionamiento de la unidad cristiana.

Los emperadores de Oriente, hallándose en Constantinopla amenazados en sus dominios materiales por la propaganda guerrera del mahometismo, y en sus derechos políticos en su autoridad por el Imperio fundado en Romà, trataron á toda costa de separar del alcance de Roma el Oriente; y para separarlo comprendieron que el abismo más hondo era el abismo dogmático. Y así como Arrio habia en el siglo iv suprimido de su doctrina el Verbo para no cargar de dogmas orientales y metafísicos la conciencia estrecha de los bárbaros; Phocio, cinco siglos más tarde, suprime de su doctrina el Espíritu Santo, para que no crean los orientales su presencia posible en los Concilios de la Iglesia y en las palabras de los papas. Así penetra en Rusia esta Iglesia y la hace su eterna aliada. Despójase de las aspiraciones políticas de Roma, casa sus clérigos, opone un deismo metafísico al deismo armado de los turcos, y se asienta inmoral como un sacerdote asiático, cargado de amuletos y de fórmulas misteriosas,

á las puertas eternas del Oriente, esa cupa de los dioses, esa region de los misterios.

Podria imaginarse que creado el Imperio de Occidente por la Iglesia, habia de ser la criatura fiel á su creadora. Pero en la sociedad reina una ingratitud implacable, no siendo posible de otra suerte que se cumplan las misteriosas leyes históricas.

Las almas se apartan de sus metrópolis como las conciencias viriles se apartan de las teocracias que las han alimentado á sus pechos; como los pueblos todos se apartan de las instituciones que los han servido en su infancia. Y así como nacen las aves con los instintos viajeros, nacen las generaciones con el odio instintivo á la idea que han de acabar, á la institucion que han de destruir. De suerte que por un gran concurso de estas leyes históricas, nunca bastante apreciadas, nunca bastante comprendidas, aquellas dos instituciones que tan estrechamente se habian hermanado sobre la Edad media, como para inspirarla de un solo espíritu y robustecerla con una sola fuerza, se declararán guerra á muerte,

y llenarán con esta guerra la sociedad misma á que intentaron dar el soplo de la vida.

Desde luego en estas luchas hay progreso. Todo movimiento material desarrolla calor y todo movimiento moral vida. Las sociedades se mueren cuando la inmovilidad las momifica. Puestos frente á frente el Papa y el Emperador, los obispos y los señores feudales, mutuamente se perfeccionan y mutuamente se completan. Uno de los poderes busca la plebe para moverla contra la autoridad civil. El otro fortifica la autoridad para volverla contra la teocracia. Luchan, y luchando se completan. La cuestion de las investiduras se plantea en el momento en que el Pontificado llega al apogeo de su grandeza, al zenit de su gloria. Desde luego es muy difícil de trazar la linea que separa la autoridad espiritual de la autoridad temporal. Toda magistratura tiene algo de religiosa; todo sacerdocio tiene algo de político. Cuando el Papa lanzaba la excomunion y la excomunion tenia fuerza coercitiva, el Papa era rey de los reyes. Así el emperador Enrique IV, excomulgado se parece al rey Leav, yen-

do como una sombra por las orillas del Rhin, como si hasta la tierra rompiera en sublevacion y se levantara bajo sus plantas; perseguido como una fiera por su hijo que creia servir á Dios maldiciendo á su padre, porque su padre fué maldecido por la Iglesia. Pero desde el momento en que, arrancando á las manos paternas toda su autoridad, se erigió en César, volviase contra los papas y se negaba á reconocer en ellos los únicos dispensadores y confirmadores del ministerio episcopal. Protestaba de su completa adhesion á las libres elecciones de los obispos, pero pretendia confirmarlos dándoles el derecho á las regalías y exigiéndoles el deber del vasallaje. Para combatir estas pretensiones, el Papa no se contentó con su propia autoridad y se fortificó con la autoridad de los Concilios; pero aquel Emperador, que habia perseguido á su propio padre por desobediente á la Iglesia, armó un gran ejército, pasó los Alpes, acampó en las llanuras de Lombardia, y mantuvo sus pretensiones altas, no solamente con el poder de sus razonamientos, sino aturdiendo á los pontífices con el

ruido de sus lanzas. Levantó los antipapas contra los papas, reunió auxilios, amenazó á Roma como en los tiempos de Alarico ó de Atila. Pero el siglo XII era esencialmente pontifical, y el litigio de las investiduras debia sentenciarse y decidirse con arreglo á las aspiraciones de los pontífices.

Y sin embargo, ¡cuántas veces, aquellas mismas huestes de pueblos bárbaros que habian recibido de sus manos el bautismo, y que se habian desparramado por los desiertos al eco de su voz que los llamaba á la guerra santa, luchaban con el Papa y lo tenian prisionero como al más vulgar de sus enemigos! Inocencio II fué á combatir al normando Roger que se negaba á reconocerle cierta supremacia feudal, y cayó en sus manos prisionero. Y no solamente habia estas sublevaciones materiales sino tambien grandes sublevaciones morales que anunciaban la reforma. Un jóven, célebre por sus desgracias y por sus amores; un jóven á quien habia amado con todo el ardor de una vida nueva la mujer acaso más elocuente que recuerda la historia; un jóven obligado á encerrarse en los claustros cuando habia

nacido para la sociedad; tribuno del pensamiento, precursor de la futura emancipación, enardecido con esa inquieta fé que asalta á todos los iniciadores de las nuevas ideas; Abelardo, en una palabra, arrojó al viento las semillas de los hereges y se las vió bien pronto convertirse en hechos prácticos, y acercarse hasta Roma misma en la persona de aquel Arnaldo de Brescia, orador elocuentísimo, que combatía el poder temporal, y en cuya persona comenzaban á tomar cuerpo y voz las nuevas ideas.

Y cuando en los campos de Lombardia, al pié de los Alpes, que parecen los altares eternos de la libertad, á las orillas de los celestes lagos, veíase de un lado dibujarse el ejército de hierro que mandaba Federico Barbarroja, y de otro lado el ejército de las ciudades italianas, que podríamos llamar ejército de oro, como compuesto de trabajadores y de comerciantes, con sus carros de cuatro ruedas tirados por bueyes donde iban colosales crucifijos, á cuyos piés flotaban las banderas lombardas sobre todos aquellos cascos, adargas, picas, lanzas; lo que en realidad se dibujaba eran

las sombras de los poderes rivales entregados uno y otro á la sangrienta propaganda de la guerra: la sombra del Sacerdocio y del Imperio.

Al comenzarse el siglo décimo-tercio parecía que el mundo político era ya definitivamente del Papa, puesto que se hallaba ocupado, henchido por la augusta personalidad del grande Inocencio III; un Gregorio VII por el carácter y por la idea; más feliz que Gregorio VII por el poder y por la fortuna. Singular es, en verdad, este siglo décimo-tercio, que se anuncia y comienza siendo muy unido á Roma y concluye suscitándole una muchedumbre de enemigos que se levantan de súbito, en grande contraste de este siglo con la severa imparcialidad. Examínese la ley propia de la historia y se la verá resplandecer en todos los hechos. Comienza con la derrota de los albigenses en el Mediodía de Francia, que intentaban traer la heregía al corazón de Europa, y con la derrota de los almohades en el Mediodía de España, que intentaban llevar el islamismo hasta las bóvedas del Vaticano, hasta el cerebro de Europa. Comienza con aquel Jaime I que conquista Valencia y Ma-

llorca para rescatar las faltas de su padre; con aquel Fernando III que conquista Córdoba y Sevilla para seguir la epopeya de su glorioso abuelo; con aquel San Luis que, ora bajo las ramas de la encina de Vincennes, ora bajo las airosas ojivas de la Santa Capilla de Paris, ora en los desiertos de Africa y ora en el tumulto de los combates, parece el ideal sagrado del rey católico en la Edad media. La *Suma Teológica* es el resumen magnífico de esta exaltacion del espíritu.

Y este mismo siglo concluye con Alfonso X, que acepta la heregía cosmogológica y sueña con una creacion superior á la creacion divina; concluye con Sancho IV, que desafía las excomuniones de la Iglesia; concluye con Federico II, que se gloria de un audaz ateísmo; concluye con Pedro III de Aragon, que se cree con poder de arrancar á los santos en los altares milagros contra los soldados del Papa. Habia comenzado con el Papa Inocencio III, que vive pacífico, respetado, seguido de los pueblos, y concluye con el Papa Bonifacio VIII, que muere perseguido, desterrado, abofeteado de los reyes. Al concluirse la pri-

mera mitad surge la *Suma Teológica*, ese reconocimiento de la superioridad eterna de Roma, y al concluirse la segunda mitad surge la *Divina Comedia*, esa rebelion del espíritu poético y legendario de la Edad media contra la autoridad política de Roma.

VI.

¡Cómo el siglo décimo-cuarto nace completamente señalado por el carácter singular de los hechos acaecidos en sus comienzos! Con qué fuerza, con qué ímpetu cambia la corriente de las ideas, dirigiéndose á nuevos horizontes! Se diría que sus generaciones vienen á la tierra con otro espíritu en la mente y con otra sangre en las venas.

Cuánta diferencia de aquel suelo cruzado por las expediciones feudales, al suelo municipal que empieza á ser fecundado por el trabajo del siervo recientemente manumitido! Cuánta diferencia de